

¿A DÓNDE VA Vd. DE VERANEOS?

Desde los hotelitos de la Sierra y sus precios, hasta los pudientes dueños de una finca

Y el verano llegó. Las calles se fueron aclarando. Las manchas negras, pardas, de los impermeables y abrigos invernales se retiraron a las bolsas de naftalina. De los armarios estivales surgieron los colores claros, las faldas vaporosas de las mujeres, los trajes tropicales de los caballeros.

La ciudad se envuelve en una neblina densa y pegajosa. Hace calor. El ama de casa se impacienta. Al fin, no puede más, y a la hora de la comida, mientras sirve al marido una al parecer inofensiva hoja de lechuga con tomate, le inquiere sin ninguna consideración.

—¿Vamos a ver! ¿Qué hacemos este verano?

El marido, desde algún tiempo atrás, temía la pregunta. La presentía, la veía flotar en el ambiente junto con los mosquitos y el polvo.

—Pues no sé, mujer. Lo que quieras—responde.

—Los niños necesitan campo. Los exámenes, la gripe y los catarros les han dejado cara de aselga.

El papá mira a los niños.

calofríos. Como en una pantalla de cine, en color y relieve y con todo realismo, se imagina el feliz veraneo.

Por las mañanas, a las siete en punto, sonaría de seguro el despertador. Empezarían las prisas. El desayuno caliente, la lengua al rojo vivo, la cartera de documentos, el camino de la estación interminable, el repechito final. El tren lleno, el calor, el billete, el revisor, la llegada a Madrid, el Metro. ¡La oficina! Luego, el comer en casa de la suegra una temporada; después, en la tasca de enfrente, y, por último, agotado, acabar por no comer. Por la tarde, vuelta a la oficina; más calor, las prisas, el jefe que no se acaba de marchar, que llama continuamente, el reloj que marcha demasiado de prisa, el calor y otra vez las prisas. El Metro, el billete del tren y el retorno al llamado pomposamente "chalet".

La mujer, enfadada, porque el marido se olvidó de traer los polvos del niño, el delantal de costura de la niña y el medio kilo de café de la tienda de ultramarinos.

El hombre vuelve a la realidad, suspira y sigue escuchando a su mujer.

—... ¡Decidido! El domingo que

Allí se dirige nuestro hombre. Los hotelitos, por algo se llaman así, son verdaderos hotelitos. Cuando se abre la puerta para entrar en una habitación es necesario cerrarla rápidamente si se quiere permanecer dentro, porque las dos cosas juntas—hombre y puerta—son incompatibles por falta de espacio.

—¿Y el jardín?—pregunta el señor, tímidamente.

—También, también; sí, señor—responde el aborígen—. Todas las comodidades. ¿No le digo a usted?

Atraviesan un pasillo diminuto y llegan al jardín. El jardín, leonora, no es más que un trozo de campo del tamaño de un pilón,

Sucede a veces que la finca tan traída y llevada es, en realidad, un hotelito de los que ya hemos hablado.

Pero nada causa más impresión que decir:

—Pues nosotros iremos, como todos los años, a la finca de Galicia. Luego, quizá bajemos unos días a Portugal, y si nos animamos pasaremos también a Francia.

La señora del hotelito en la Sierra se queda un poco confusa.

—Tiene finca—piensa.

Pero luego se repona.

—Sí, sí, finca. Seguro que es una fincucha de nada y a lo mejor no es ni suya, y si lo es, estará hipotecada.

Y suspira aliviada.

LOS VERANEANTES

Los hay de todas las clases: amantes del mar, del campo, de los lugares tranquilos y solitarios... y de Madrid.

Los primeros suelen veranear, por término medio, de quince a veinte días. Para los pudientes, para los de las fincas, el tiempo se amplía hasta los tres meses. Trajes de baño, pañuelos y balón de colores, pantalón de deportes, salvavidas para los miedosos, gafas de sol y crema para las quemaduras.

La mayor satisfacción de este tipo de veraneantes reside en que a su regreso les digan:

—¿Qué barbaridad, qué negros estáis!

—¿No sabéis cómo picaba el sol! Tengo la espalda llena de quemaduras.

Estas quemaduras representan casi tanto como las cruces y medallas militares.

Los adoradores del campo son más pacíficos. En su equipaje figura el cazamariposas, la carabina de aire comprimido y los trajes de "vichy" de las damas. Toman menos el sol, pero, en cambio, se preocupan más por la salud física. ¡Pulmones sanos!

Los veraneantes solitarios suelen ser muchachas feas y sin novio que buscan quietud para su espíritu torturado y para su belleza frustrada.

Por último, los veraneantes, amigos de Madrid, son de clase especialísima. Veranean en las terrazas de los cafés, a orilla de las piscinas o del Manzanares, bajo los árboles de la Castellana, ante un pedazo de hielo. El "grupo" suele estar formado por estudiantes suspensos, señores comodones y empleados con setecientas pesetas mensuales.

LA PAGA DE JULIO

¡Ah!, la tan querida, estimada y anhelada paga de julio.

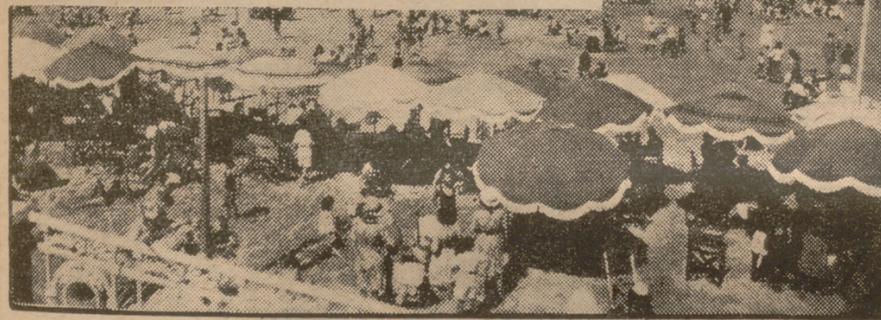
Apenas llega junio, las amas de casa sueñan con ella.

—Entera, enterita para el veraneo.

Ya se ven depositándola amorosamente, dentro de un sobre azul, en la caja de caudales.

—Con ella pagaré las hechuras de los vestidos, los billetes del tren y...

... Nada más, mi querida señora.



La playa en el mismo corazón de la ciudad: esto es La Concha, de San Sebastián.

—Sinceramente, los encuentro hermosos—reflexiona—. Quizá un poco paliduchos, pero en cuanto les diese el sol se les quitaba. Además, comen, devoran, que es una maravilla.

Mientras, la mamá sigue con sus pensamientos:

—... Si encontrásemos un hotelito en la Sierra, no muy caro... Cerca de Madrid, para que tú pudieras ir y venir todos los días.

EL TRISTE PANORAMA

Al pobre señor la idea le da es-

viene vas a buscarlos hotel a la Sierra. Que tenga jardín, cuarto de baño, lavadero...

—Sí, sí, mujer.

LA BUSCA

Y al domingo siguiente, el señor se lanza a la busca del "chalet". Le han dicho que en tal pueblo de la Sierra, apenas a 30 kilómetros de la capital, hay hotelitos muy monos. Buen precio, comodidades, cercanos a la estación.

rodeado por un alambre de espinos. Ni un árbol, ni una planta, sólo arena, pedruscos y hormigas.

—Esto, bien arreglado, con tiestos y toldos—explica el aborígen—, queda muy curioso.

—¿Y el precio?

—¡Hombre! Por eso no vamos a discutir. Seis mil pesetas toda la temporada. Tenga en cuenta los muebles (tres sillones de mimbre y dos jergones), la construcción de la casa (tabiques de pandeerte)...

¡AH, LA ENVIDIA!

En realidad, todo esto es lo de menos. Aquí lo importante es que la mujer pueda al día siguiente...

—¿No sabéis?—dice a sus amigas, reunidas a merendar—. Ya tenemos hotel para el verano. Creo que es una monada.

La amiga, envidiosa, empieza a preguntar:

—¿En dónde?

—En la Sierra, muy cerca de Madrid. Así, Pepe, podrá venir todos los días.

—¿Tiene jardín?

La señora, preparada para toda clase de preguntas, responde sin vacilar:

—Sí, hijita, espléndido.

Porque una de las tácticas consiste en elogiar el hotel, en alabarle en sus más pequeños detalles.

—Chica, una ganga; esta es la verdad—concluye.

Otro sistema consiste en criticarlo.

—No tiene luz; el agua apenas sube. ¡Además, carísimo! ¡Pero qué le vamos a hacer! Pepe es tan caprichoso... Le entusiasma el sitio. Se empeña también en que los niños tienen que veranear en la Sierra. Dios que es más sano.

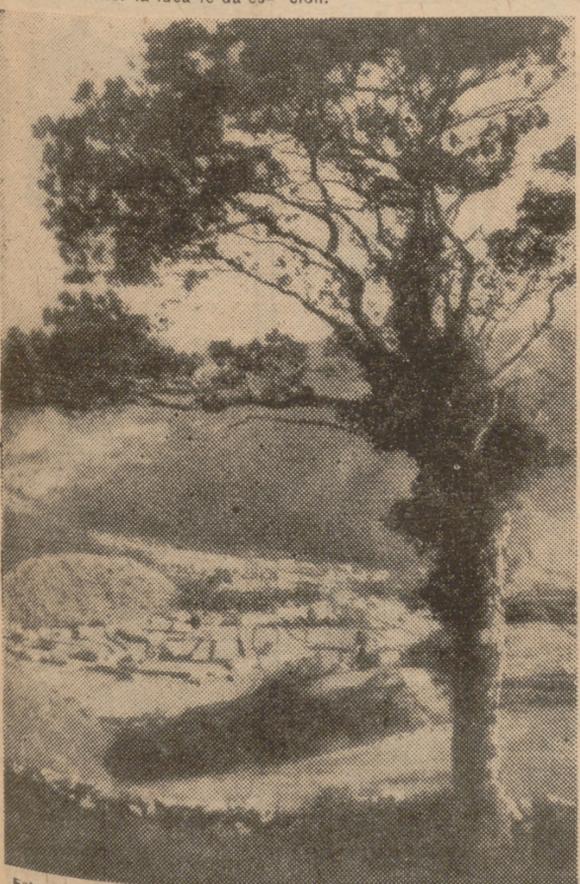
Con esta táctica se consigue crear una atmósfera de ricachona sacrificada por el bienestar del marido y la felicidad de los hijos.

LOS PUDIENTES

Todos los pudientes tienen finca. ¡Ah! La palabra finca es magnética y fulminante. Apenas se nombra en una reunión, todos los oídos están pendientes de ella.

—Fijate, Fulanito tiene una finca en la Sierra.

—Finca? De idea de grandiosidad, de muchas tierras, de una pasona alta y enorme.



Este bello paisaje pasiego es una de las metas de los ensueños de las señoras aspirantes al veraneo en compañía, con prados húmedos y vacas de melancólica mirada.

PUEBLO

Fin de semana

SUPLEMENTO DE LOS SABADOS

MADRID, SABADO 11 DE JUNIO DE 1955

Lo malo es que, antes de que llegue a sus manos, ya habrá perdido por el camino algunas pesetas de su total.

La cuenta que quedó pendiente del mes pasado..., el arreglo de los zapatos..., las entradas del cine...

Sofamos con ella y, de tanto soñar, la desgastamos. Apenas llega, se volatiliza y entonces, como si se tratase de un desierto, contemplamos los cinco meses que hemos de andar hasta el próximo oasis: ¡Navidad! ¡Paga extraordinaria!

Para los serranos existen más facilidades; quizá en esta localidad reside el peligro.

—Hombre, ¿así que habéis alquilado un hotelito en la sierra...?

—Pues sí, ya ves.

—Nada, nada, al primer sábado que estéis allí instalados vamos a pasar con vosotros el fin de semana. A los niños les gustará jugar con los vuestros.

La señora se sulfura.

—¿Pero no comprendes que la casa no tiene condiciones? ¿Qué dirían de nosotros? ¿Que somos unos roñosos! Yo que les hablaba de tres cuartos de baño, de un "office" y de dos cocinas... Ya puedes arreglarlo como sea; pero no quiero ver aparecer a esos señores por allí. ¡No faltaba más!

Y el señor tiene que inventar la tos ferina de los niños, la escairlatina y el sarampión.

—Más vale que esperes un poco más. El contagio... ya sabes...

María Pura RAMOS

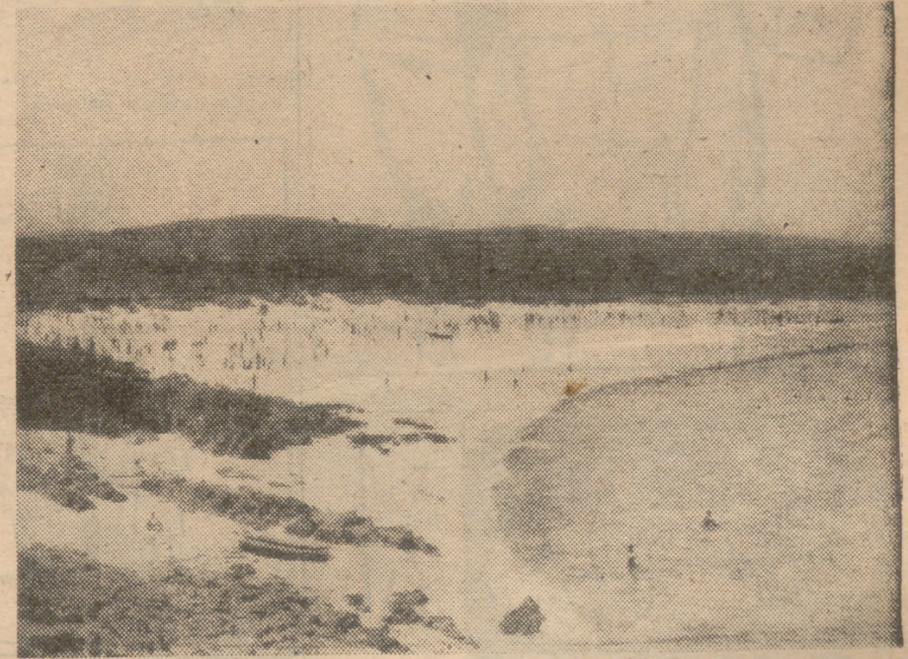
LOS PEQUEÑOS PROBLEMAS

El primero de todos es el de los billetes de tren. En cuanto una familia se decide a marchar más allá de El Escorial, la tarifa Renfe sube a precios astronómicos.

Un mes antes de la fecha decidida para la partida, el marido dedica una horita diaria a la cola de la Renfe.



A todas las señoras les agradaría tener una finca como ésta para su veraneo; pero como son de buen contentar se avienen a dos habitaciones con moscas en un pueblecito serrano



Para los aficionados al mar, una de las perspectivas más brillantes la ofrece la playa de Santa Cristina (La Orotava), en un paisaje de incomparable belleza.

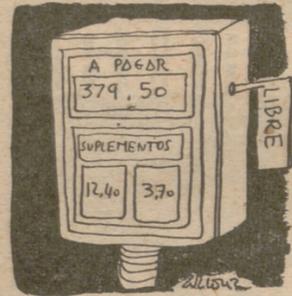
Viaje a una Sala de Fiestas

Terminó la juerga

HEMOS llegado al final; ya conté sábados pasados cómo fuimos a divertirnos a una sala de fiestas, cómo nos colocaron en una mesa desde la cual no se veía nada, cómo una señorita llamada Cuqui pidió al camarero veintitantos whiskys por nuestra cuenta, cómo tuvimos que tomárnoslos nosotros, cómo nos enteramos de las tristezas de la vida de Cuqui y cómo estuvimos a punto de llorar oyendo a aquel negro explicar todo lo que sufría por culpa de su piel y de aquella señorita rubia que no le hacía ni pizca de caso.

Vamos ahora con el remate de la juerga... Mis amigos, dichos en diversiones, me explicaron que debíamos acompañar a la señorita Cuqui a su casa. Accedí, aunque yo estaba bastante borracho. Recobré, a cambio de un duro el chaleco que me habían obligado a dejar en el guardarropa, y salimos al campo. Tomamos un taxi y, amontonados en su interior, pusimos el radiador rumbo al domicilio de nuestra señorita Cuqui...

Fué tremendo... La señorita Cuqui, no sé por qué extraña razón, vivía en unas casas situadas cerca de la provincia de Burgos. Durante el viaje, ella nos explicó más detalladamente todo lo que de desagradable tenía su vida; al parecer, su tío el impedido le daba patadas de vez en cuando y su tía la al-



comenzaba a golpeaba con una fusta cuando no pedía los whiskys necesarios para que en la sala de fiestas le dieran veinte duros en concepto de participación en los beneficios. Por su parte, la Electra le cortaba la luz por falta de pago del recibo cada dos por tres, y su hermanito Manolín, el meningítico, atropellaba a los camiones un día sí y otro también. Y quedaba su hernia... ¡La hernia de la señorita Cuqui...! ¡Madre mía, qué hernia! A lo largo de kilómetros y kilómetros, supimos todos los sinsabores que la hernia le proporcionaba, y que eran, sin duda, mucho más terribles que los que le deparaba su querida familia. Explicaba Cuqui:

—Ya veis... Yo no me quejo de mi cojera... Al fin y al cabo, casi se me nota y no me duele casi nunca... Sólo en caso de lluvia siento unos pinchazos... Pero la hernia... ¡Eso sí que es un asco! A veces estoy alternando y, ¡zas!, empieza a darme guerra... Y luego, como la cojera me impide bailar con naturalidad, tengo que esforzarme... Claro; lo que pasa es que se me resiente la hernia y...

Yo sentía que en mi cerebro se producía una... Noté perfectamente cómo una de mis circunvoluciones cerebrales rompía las meninges y se proyectaba contra mi frente... Fue terrible... Imaginé que tendría que colocarme un braguero en la cabeza y que nunca jamás podría volver a escribir... Vi a una nube de ortopedicos que me rodeaba intentando reducirme el desperfecto... Supe de la amargura de sentirme tardado e inútil para siempre...

Por fin, arribamos a la casa de la señorita Cuqui. Ella, sonriente, nos despidió con cordialidad y nos invitó a que la visitáramos más a menudo en aquella sala de fiestas en la cual se ganaba la vida amargándose a los demás... Regresamos hacia Madrid... Rodamos en silencio durante unas horas, mientras el clic, clic, del taxímetro nos hacía polvo el corazón... Comenzamos a ver traperos... Amanecía... Llegamos a la glorieta de Bilbao... El taxista, implacable, nos cantó las cuarenta... Bueno; las cuatrocientas pesetas que aparecían allí, en su cacharrito iluminado... Tuvimos que darle nuestros relojes...

Me dirigí a mi casa... Antes de dormirme, pensé en lo penoso que resulta divertirse. Y a punto de conciliar el sueño, decidí: —Nunca más, cuando quiera juerguarme, iré a una sala de fiestas; asistiré a los entierros. En ellos, por lo menos, uno siente la alegría sana y resplandeciente de saberse vivo... Y en las salas de fiestas, por el contrario, uno sólo tiene fuerzas para envidiar a los señores que reposan en paz y gratuitamente en el cementerio del Este.

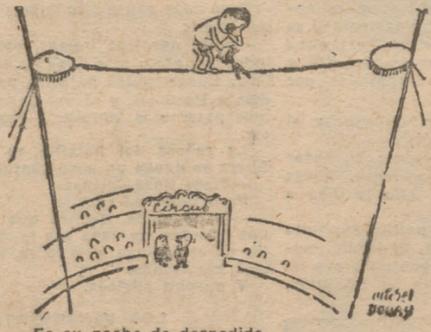
Rafael AZCONA



—Decídate de una vez: si francamente si quieres comprarle este vestido de noche a tu hija o si prefieres tenerla en casa toda la vida.



—¡Basta de banderillas!



—Es su noche de despedida.



—El caballo de la señora está preparado...



Sin palabras



Sin palabras.



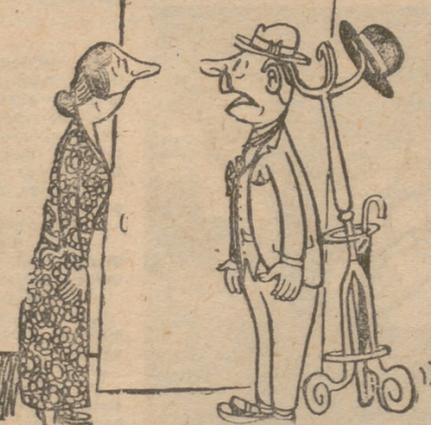
—¡Hay que ver qué quisquillosos son los hombres!



—Déjala correr un poco, así estará más fresca...



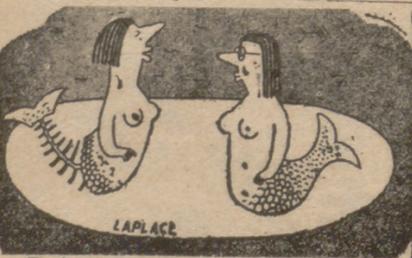
—¡Un trampolín fantástico!



—No sé lo que me ocurre desde que me puse el sombrero al salir del café. Siento la cabeza pesadísima.



Sin palabras



—¡Tenía hambre...!



Sin palabras.



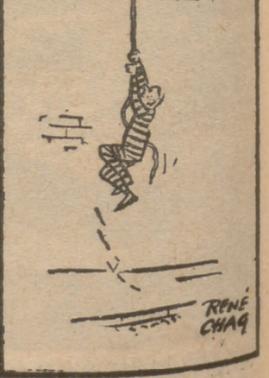
—Todavía insiste usted en que no era un filete de caballo.



—Pronto, coja usted esa nota que se me ha escapado.



Civilización



El prisionero.

OTRA VEZ "20.000 LEGUAS DE VIAJE SUBMARINO"

EL "NAUTILUS" DEL CAPITAN NEMO Y EL "NAUTILUS" ATOMICO DE HOY

JULIO VERNE fué algo más que un inventor: fué un poeta



La versión cinematográfica de "Veinte mil leguas de viaje submarino" se ha realizado en buena parte bajo el agua.

FRANCIA ha conmemorado el aniversario de la muerte de Julio Verne. Ese mismo día en Groto, un pequeño puerto próximo a New London, en Connecticut, el Estado Mayor de la Armada norteamericana autorizaba el primer viaje experimental del "Nautilus". El submarino atómico se hacía a la mar llevando a bordo cien hombres de tripulación y sesenta científicos que iban a comprobar sus elaboraciones de laboratorio. Después de las pruebas de inmersión y de navegación submarina a una velocidad de veinticuatro nudos, el comandante transmitía

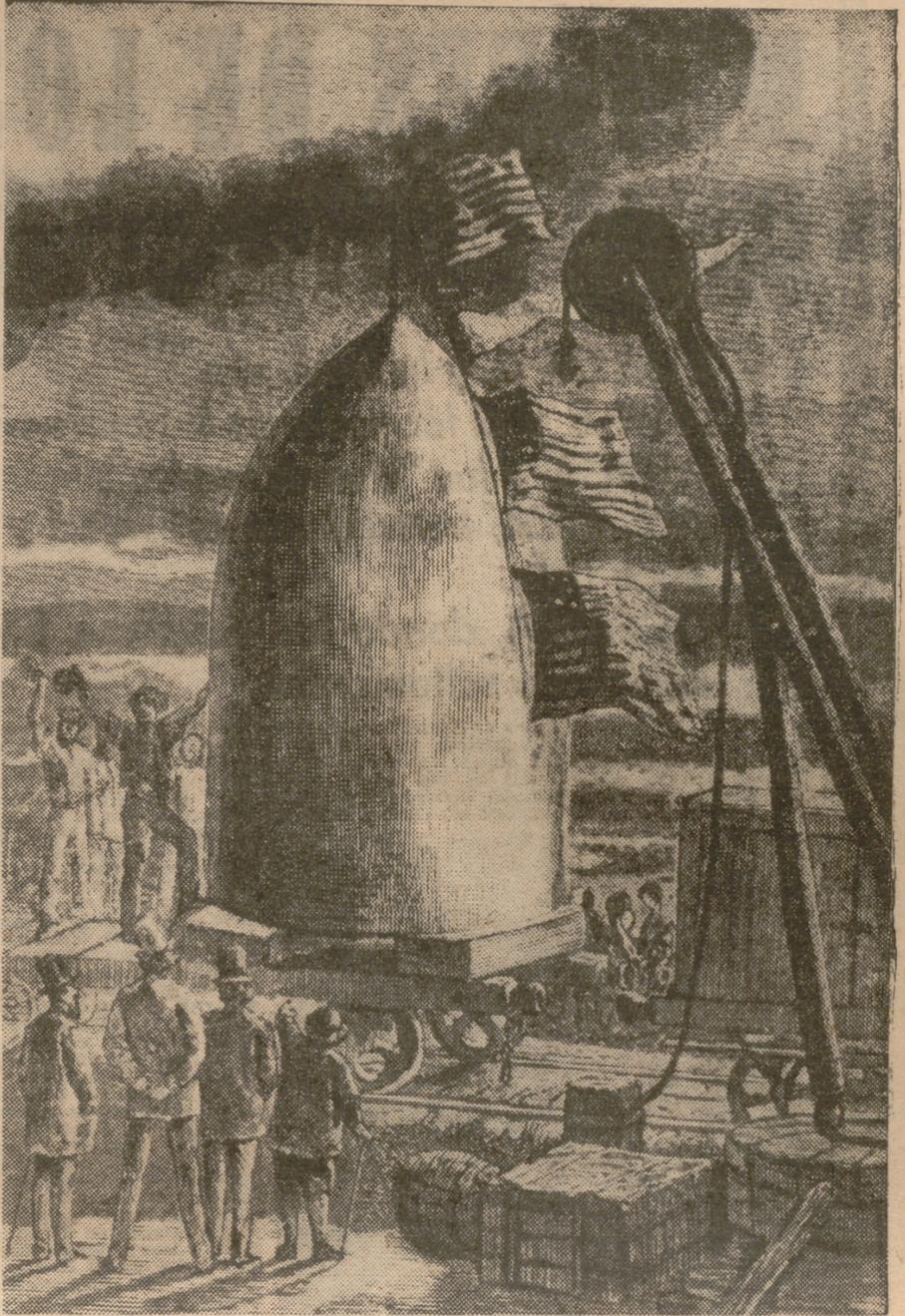
el siguiente parte al Estado Mayor: "Navegamos perfectamente, gracias a la energía atómica." Julio Verne no pudo imaginar que el "Nautilus" creado por su fantasía, iba a ser una realidad a los cincuenta años de su muerte. En su novela "Veinte mil leguas de viaje submarino", el escritor francés había pensado hacer navegar a su sumergible mediante una "energía cósmica" y no se había equivocado. Casi contemporánea de su fantástica quimera, es la espléndida realidad conseguida por la ciencia, con lo que puede afirmarse, y otros casos lo corroboran, que en

la mente humana, o en alguna de las mentes humanas, están impresas con carácter de videntes las conquistas científicas que nos parecen un milagro y que al intuirlos primero como una quimera un hombre excepcional, nos dan una explicación racional del misterio de la precidencia.

EL DESTINO MARCADO

Julio Verne nació en 1828, cuando empezaba el siglo de las grandes revoluciones sociales, científicas, e industriales. Fué isleño, como Napoleón. Dicen que los grandes destinos están influidos por los lugares de nacimiento. Las islas, entonces, son las que señalan los destinos de los grandes conquistadores. Napoleón conquistó tierras a golpes de espada y Julio Verne conquistó espacios interplanetarios y profundidades abismales a fuerza de imaginación. Pero la isla en que nació el novelista no fué una isla ardiente y batalladora como Córcega, sino la tranquila de Feydeau, en el Loira, en pleno corazón de Nantes. El padre de Julio Verne descendía de una familia de magistrados y ejercía la abogacía. Nada de extraño tiene, por tanto, que Julio Verne se licenciase en Derecho el año 1849 en la Universidad de París. Poco se sabe de su vida de estudiante; únicamente, que durante ella conoció a un agente de cambios que, en lugar de introducirle en el mundo de los negocios, le llevó al del teatro. Y el futuro novelista escribió algunos vodeviles que tuvieron éxito en los escenarios de París. Pero abandonó pronto esta frívola rama de la literatura y se dedicó a escribir sus novelas fantásticas construidas sobre una base científica. En el siglo del ferrocarril, de los "montgolfier", de los grandes descubrimientos científicos, él creía que era perder el tiempo dedicarse a contar líos de familia y a reproducir tiernas historias de amor.

Napoleón III había viajado de Burdeos a París en un ferrocarril que alcanzó los 100 kilómetros hora; Leturr construía sus alas, Philipps dibujaba los planos de un helicóptero en 1842 y Henson, en la misma época, había intentado elevarse en un aeroplano. El hombre, consciente de las posibilidades que se abrían ante él, no vacilaba en lanzarse a la conquista del espacio y Julio Verne aspiraba a ser el cantor de esta odisea. Al principio escribió estudios sobre los barcos y los globos. Furibundo partidario de los "más ligeros que el aire" era un teorizador de los mismos. Pero un día, aparecieron en los escaparates del editor-librero Hetzel dos novelas firmadas por Julio Verne: "Cinco semanas en globo" y "Las aventuras del capitán Hatteras". Los niños, atraídos por unos títulos tan prometedores, obligaban a sus madres a entrar en la librería y comprar las novelas. Y este fué el comienzo de una gran aventura; cincuenta y siete volúmenes de "Viajes extraordinarios", traducidos a todos los idiomas y leídos en el mundo entero.



Proyectil en que los héroes de Julio Verne realizaron el viaje a la Luna.

UN HOMBRE TRANQUILLO, AMANTE DEL MAR

Julio Verne, escritor de fantasía desbordante, se comportaba en su vida como un perfecto burgués. Escribía en zapatillas y en bata, en el silencio de su despacho. Era éste una pieza cuyas paredes estaban cubiertas de librerías repletas de obras de geografía, de relatos de viaje; en los espacios que dejaban libres las estanterías, cartas marinas y mapas de todos los países; en el centro, un gran mapa-mundi y en un rincón, un pequeño lecho. Julio Verne se ponía a escribir antes de amanecer y permanecía trabajando hasta el mediodía. Después de comer leía, paseaba y tomaba notas para sus trabajos. Una vida metódica, organizada, hasta el punto que se ha dicho de él que era un funcionario al servicio de la aventura. Escribía con lápiz y repasaba minuciosamente sus escritos. Aquello que le parecía acertado lo subrayaba con tinta.

Julio Verne tenía una gran pasión: el mar. No en balde era hijo de Sofía Allotte de la Fuye, descendiente de uno de los armadores más poderosos de Nantes del que había hecho un puerto en relación directa con las Antillas. Leyendo sus obras se da una cuenta de sus profundos conocimientos marinos. Y lo mismo cuando había de máquinas que cuando se ocupa de globos, sus imágenes más brillantes están hechas con términos marítimos. Este amor a la mar le hizo comprarse un pequeño barco a motor, con el que, durante sus vacaciones, hacía viajes por el Mediterráneo y por el mar del Norte.

JULIO VERNE Y LA CIENCIA

Julio Verne no fué un científico. Julio Verne fué un poeta. Y como tal utilizó, a su manera,

los viejos mitos; volar, navegar debajo del agua, trasladarse de un planeta a otro... El adaptaba sus sueños a la moda de su tiempo y utilizaba los conocimientos científicos de la época, adelantándose a ella con la imaginación. Las máquinas del ferrocarril, el gas y la electricidad reemplazaban en su obra a los dragones alados y a los delphin gigantes de otras épocas. A su manera, Verne ha seguido la actitud de los hombres del Renacimiento, tuvo la curiosidad acuciante que obligó a Leonardo de Vinci a preocuparse de que los hombres pudiesen volar. Este gran visionario que fué Julio Verne dió al espíritu de descubrimiento que reinaba en su siglo un gran impulso. Y tenemos que darle la razón, porque hoy nos paseamos por el cielo y en plazo breve, con toda seguridad, nos podremos trasladar a otros planetas.

El pasado día 4, como homenaje a su memoria y con ocasión del cincuentenario de su muerte, se ha inaugurado en París una exposición de las máquinas inventadas por Julio Verne en sus novelas, construidas siguiendo sus descripciones literarias y sus dibujos. Y viéndolas, puede darse cuenta del valor que tenían las fantásticas elucubraciones de este hombre. Allí están, en potencia, el "Nautilus" atómico orgullo de la ingeniería naval americana, el avión supersónico, el helicóptero. Allí están esbozadas y resueltas imaginativamente, las grandes conquistas científicas de que hoy nos envanecemos. El trasatlántico volante de "Robur el conquistador" se elevaba verticalmente y volaba en sentido horizontal. Con todos sus pintorescos adelantos era un precursor, en la mente de Julio Verne, del helicóptero. En esta mente, el capitán Nemo, a bordo de su "Nautilus", llegó a profundidades y alcanzó una auto-

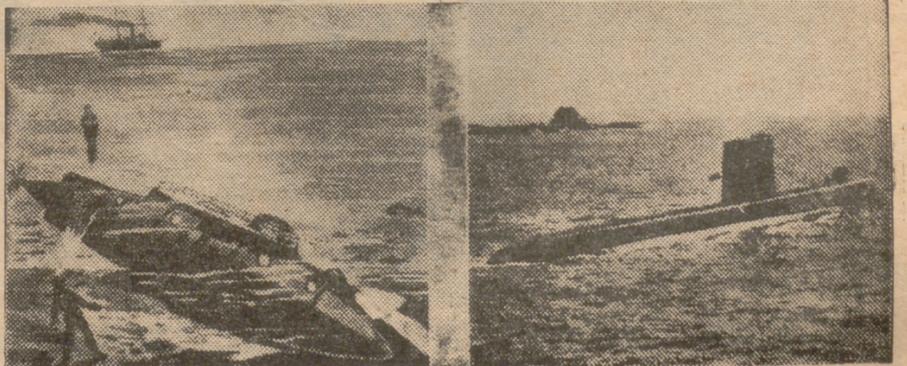
nomía de navegación que sólo ha conseguido en la realidad, hace pocas semanas, el submarino atómico norteamericano. La televisión que se ha ensañado del mundo, fué prevista por Julio Verne en el "fonotelefoto". Hipotéticamente, cuando aún el hombre sólo hollaba las superficies, aquellos aparatos irreales circulaban por el mundo de unas novelas que han sido, también, las precursoras de la actual literatura científica y en las que los modernos surrealistas celebran las huellas del genio.

EL HOMENAJE DE OTRO POETA

El cincuentenario de la muerte de Julio Verne no ha sido conmemorado únicamente con la exposición de París ni, simbólicamente, con las pruebas del "Nautilus". Walt Disney, el poeta de las imágenes, ha querido contribuir al homenaje con una película en color y en Cinemascope en la que se recogen las aventuras del capitán Nemo en sus veinte mil leguas de viaje submarino. La realización de esta película no era empresa fácil. Para la toma de vistas de las escenas submarinas era necesario la inmersión de actores, director y técnicos. Y con todo su equipo, Walt Disney se trasladó al mar Caribe y en la bahía de Montego se rodaron las escenas. Se han seguido fielmente en la película las estupidas aventuras que el fabuloso capitán Nemo corrió a bordo de su no menos fabuloso artefacto. James Mason, Kirk Douglas, Paul Lukas y Péter Lorré dan vida, sobre la pantalla, a los audaces y fantásticos personajes que en la calma de su gabinete de París, iba creando la imaginación de Julio Verne que se había adelantado a cuantas conquistas de la ciencia nos parecen hoy en día, hitos insuperables.



El trasatlántico aéreo de Robur el Conquistador y el ultramoderno avión que despegó y aterrizó verticalmente.



El submarino de Julio Verne y el actual submarino atómico.

MUJERES DE LOS CINCO CONTINENTES

- * EUROPA y la tradición.
- * ASIA y el lenguaje de los perfumes.
- * AFRICA y las "damas azules".
- * AMERICA, tierra de la actividad y la coca-cola.
- * OCEANIA, donde los canguros brincan como saltamontes.

AFRICA

La primera máquina fotográfica la trajo un misionero católico; pero a ellas todavía les di-
vierte y les saca a la cara esa

alegría de chiquillas sorprendidas y satisfechas. Estas negras no son negras; son nacidas en las tierras de "los azules", gentes nómadas vecinas del Ifni español. Son casi tan huidizas como las

gacelas, del desierto. El azul es una pintura que hace exclamar a los viajeros: "¡Qué poco deben lavarse estas chicas!" Algunas "azules" viven en poblados sedentarios, pero en su mayoría viajan a lomos de los dromedarios y levantan pequeños campamentos, en los que el viajero encuentra una amable hospitalidad y una taza de té con menta que sirve la mujer luego de haberse lavado las manos, ceremonia que sin esta necesaria cortesía no suelen hacer más de dos veces por semana. A través de la pista de Tifferrim, estas jovencitas de la foto tienen un lejano contacto con la civilización, de la que les ha llegado hasta un relojito de pulsera que luce orgullosamente una de ellas. Entre sus habilidades, cuando estas mujeres pertenecen a los poblados, destaca la alfarería, muy tosca, pero de primitiva gracia, y la facilidad para engarzar piedras, huesos, etc., en forma de vistosos collares y pulseras. Las madres de estas jovencitas crearon un terrible problema a los etnólogos, que conocían cuatro colores de piel humana: blanca, negra, amarilla y cobriza, y trataron de explicarse esta nueva pigmentación azul, hasta que los primeros exploradores de esta zona de África aclararon que se debía, en cierto modo, a la falta de jabón y agua corriente... y a cierta extraña pintura perfumada con un olor persistente.



"Damas azules" sonríen ante la cámara del periodista a la orilla misma de las tierras de Ifni.

AMERICA

"Total: cinco millones de metros cúbicos..." "Hago referencia a nuestra circular número



Jóvenes estudiantes de Bellas Artes han levantado su clase de dibujo al natural en la acera de una capital cualquiera de la vieja Europa. La instantánea de unos minutos de la urbe va a quedar aprisionada en unos trazos



Damas japonesas tomando el té, rito inicial antes de entretener la charla en un diálogo sutilísimo en torno a los perfumes que se sirven en un cóctel

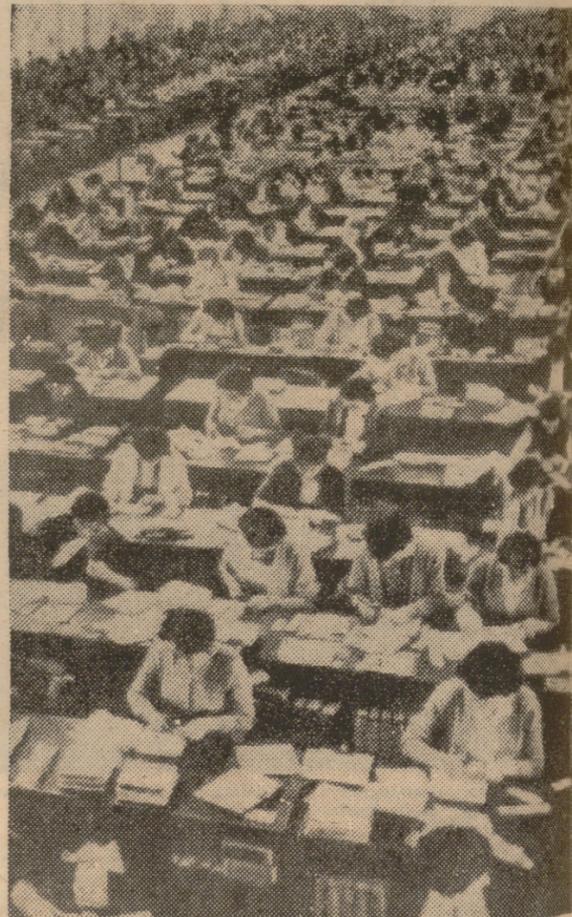
70.957..." "El 27 por 100 de los americanos toman café después de las comidas..." "Nuestras estadísticas demuestran..." Es imposible imaginar el nombre de todas estas muchachas, es imposible saber qué porcentaje, qué cálculo, qué control las preocupa en este momento. Una será hija de armenios, otra habrá nacido en Londres, o en Alcañiz, ¿por qué no? Unas tienen veinte años; otras, cincuenta; han llegado a la oficina en Metro, en autobús, en trolebús, en tranvía, en coche, en bicicleta, en moto. Vienen atravesando las complicadas distancias de las superurbes de su continente. Rubias, morenas, distinguidas, vulgares, altas, bajas, locuaces, lacónicas, ambiciosas, serenas... ¿De dónde habrán llegado los abuelos de todas esas muchachas? Un joven florentino que emigró, una señorita de Lyon que llegó hace años a Boston, un caballero barbudo que vino de Barcelona, una pelirroja escocesa que se estableció en San Luis... A las doce de la mañana la nave se queda vacía y las muchachas corren al restaurante cercano para tomar un jugo de tomate, dos coca-cola, un huevo duro, una tostada y una taza de té. Fuman un cigarrillo y escuchan en el tocadiscos una canción sentimental o un mambo. Algunas de ellas viven juntas, en un apartamento amueblado, con frigorífica, batidora, televisión y botella de leche en la puerta a la hora del desayuno. Algunas veces han ido con su novio al boxeo, y los domingos, al partido de beisbol...

ASIA

El rito del té, la superrefinada sensibilidad de los pueblos de Oriente. Estas damas tienen a sus hijos estudiando Medicina en Chicago, Química en Alemania, lenguas europeas en París, arte en Italia o Física en Tokio. Estas damas saben hablar francés o inglés; estas damas conocen, además, el arte sutilísimo del lenguaje de las flores, y se han reunido... ¿Para qué se han reunido? Para asistir a un cóctel de perfumes. La riquísima América, la culta Europa, la joven Oceanía, la desconocida tierra de África, no pueden ofrecernos otra reunión social tan fabulosamente refinada. ¡Un cóctel de perfumes! Y toda la tarde por delante para hablar con entendimiento y sabiduría de esos perfumes, para citar a los viejos poetas que supieron describirlos, para dar cuenta de sus apreciaciones en torno a los pomos: a la frescura de un olor, al aroma caliente de otro, a la agradable acidez de éste, a la suave fragancia de aquél, al denso vaho de este otro... Se habla del opopónax, se cuentan historias del almizcle, se recita un poema sobre el ámbar gris. Y son damas estas orientales que toman el té, que han viajado en avión, están operadas de apendicitis y se cortaron el pelo ya de niñas. Ninguna lleva los pies vendados, pero algunas de ellas tuvieron un abuelo que murió haciéndose el harakiri...

EUROPA

Estudiantes de Bellas Artes tratan de aprisionar entre las líneas de su lápiz la fugacidad de unos minutos en una gran ciudad. ¿María?, ¿Ingrid?, ¿Silva-



Actividad, coca-cola y casi una infinidad de cabezas de mujer inclinadas sobre los ficheros de una oficina americana.

OCEANIA

Australia... la isla donde saltan los canguros como en Castilla brincan los saltamontes. Luego, las esparcidas, innumerables, desconocidas islas: las Melanesias, las Micronesias, las Polinesias... En cualquiera de ellas, cerca ya de las Filipinas, esta mujer, alegre tejedora de hojas de palma, hija de pescadores de perlas, ¿qué no?, y que desde niña aprendió a pasar el bosque al atardecer porque allí merodean y duermen a las personas los "tamaos", poderosos duendes que brian palacios en los troncos de los árboles; el "tic-tic", que siempre anda molestando a la gente y llena de sarapintón a los niños; el "cama-cama", travieso geniecillo que se divierte pellizcando a los gentes, o el "lunuk" de los estanques y los regatos. La familia de la tejedora de palmas es antigua como el mundo, sabe navegar en canoas y guarda en cofres hermosas piezas de "hata" con estampaciones de primavera y fantásticas, flores inverosímiles y tigres heráldicos junto a reptiles que vomitan fuego y leones de melena verde. Los hijos de la tejedora de palma van a la escuela y su marido lee el periódico escrito en inglés. Esta mujer no una vez hablar de Moscú, pero no se acuerda; dos veces de Londres, pero lo ha olvidado, y sabe que hay una tierra más allá del mar que se llama América...

ELEGANCIAS POR DECRETO

"LA GRACIA ES UN ARTIFICIO DE CULTURAS DECADENTES", ASEGURAN LOS RUSOS

Nuestros lectores recordarán la historia de Miroslawa, la famosa campeona de patinaje artístico, que escapó del telón de acero aprovechando uno de sus viajes deportivos a Occidente.

—Deseo vestir según mi gusto, como cualquier mujer civilizada. Adoro la ropa interior bonita y los trajes lindos y favorecedores —declaró en Viena a los periodistas.

Resulta bastante sintomático que una joven de más allá del ta-

—¿No parecen una broma estas fotografías, en las que presentamos a nuestros lectores el desfile de una colección de primavera moscovita? El aspecto de los salones es bien distinto al refinado ambiente de los nuestros; la línea de las creaciones, sin la menor nota de audacia, está muy lejos del arte sutilísimo de nuestros modistos. ¿Y qué decimos de las modelos vivientes? ¡Es absolutamente imposible compararlas con nuestras Lucky, Victoria o

quer revista femenina del mundo, y que son exponentes del refinado buen gusto que, afortunadamente, preside los ideales femeninos del mundo de Occidente.

LA MODA POR DECRETO

Antes de comenzar un desfile de modelos en la capital de la U. R. S. S., la directora de la casa de modas, una mujer de as-

pectivamente en la fotografía, que presenta a un grupo de transeúntes ante los escaparates de una casa de modas de Moscú, verdaderas aldeanas que en Occidente no pueden encontrarse en las grandes urbes por ser típicos de los medios campesinos.

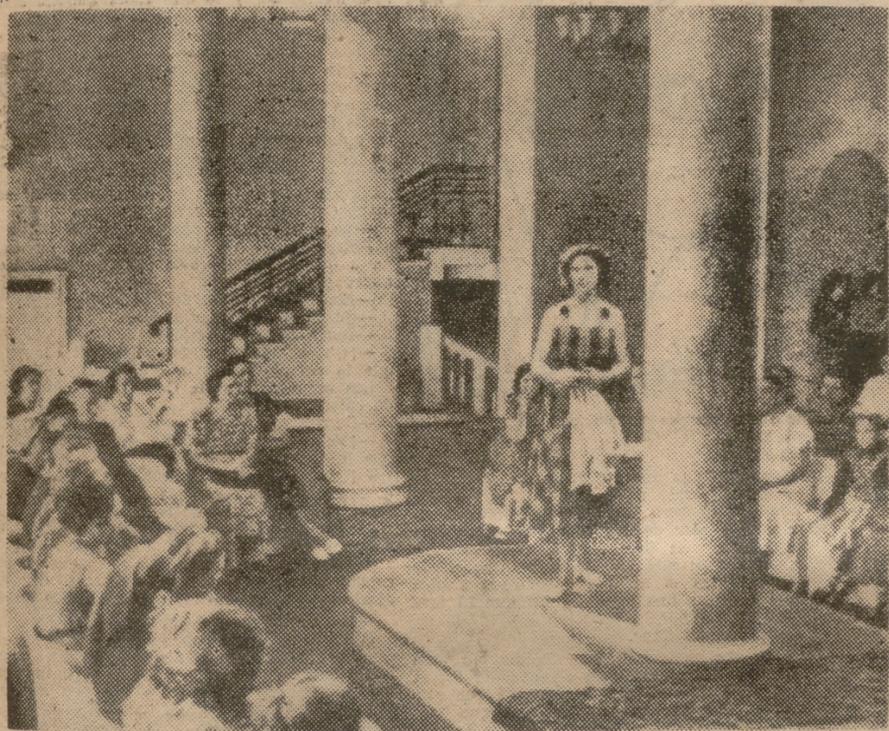
DEJADEZ Y FALTA DE COQUETERIA

La dejadez y la falta de coquetería saltan a la vista del lector en todas las fotografías adjuntas. Es casi imposible encontrar, ni aun entre las modelos, una cintura fina, una silueta graciosa, una cabeza peinada por y para algo más que para llevar el cabello en orden.

—Reconozco—ha dicho un comentarista inglés a la vista del famoso reportaje gráfico Henri Cartier-Bresson—que estas mujeres son limpias y parecen seres pacíficos y amables; pero la mujer debe ser algo más. Yo nunca podría encontrar encantador un pie calzado con esos horribles zapatoles, y me resultaría imposible enamorarme de una muchacha que elige los vestidos no para intentar conquistarme, sino según la silueta creada por el partido comunista para incrementar la producción de la industria de la confección. Es tristísimo pensar que el atrayente escote de un traje femenino obedece a la consigna de economía de materiales dada por un determinado Departamento del control de producción.



Este es el único modelo que, al decir de un comentarista, pudo crearse en París... antes de la Revolución rusa



Vestido "de tarde" a cuadros con chaqueta blanca. Cualquier muchacha de Occidente emplea este tipo de modelo para ir "de trepillo" a su trabajo.

lón de acero justifique su paso a Occidente con estas frases, al parecer llenas de trivialidad, pero, en realidad, exponentes de un modo de vida irresistible para un espíritu de sensibilidad delicada y de innato buen gusto.

OPINIONES DE UN ESPECIALISTA

A la vista de algunas fotografías tomadas durante el paso de una de las colecciones de "alta costura" de Moscú, G. P. de Ruville, comentarista de modas de una de las principales redes periodísticas francesas, ha dicho:

Patricia! Únicamente el abrigo blanco de una de las fotografías podía haber sido creado en París... hace muchos años. El talento de peluqueros, cortadores, modistos, sombrereros, etc., es absolutamente desconocido en Rusia.

De todas las ideas de Ruville, a nuestro juicio, la más aguda es ese asombro ante las maniqués —que siempre fueron compendio de las gracias y las elegancias de una época— y esa pícaro comparación con Lucky o Patricia, refinadas modelos que todo el mundo conocí a través del "Vogue", "Elle", "Paris Match" o cual-

pecto enormemente enérgico, lanza un largo y explicativo discurso político.

—Por decreto del Gobierno de la Unión Soviética y del partido comunista se va a dar gran importancia al aumento de la producción de los productos de consumo que se presentan en este desfile; la industria de la confección va a recibir un nuevo impulso. La silueta creada por los mandos del partido es recta y sencilla; natural, en una palabra; sin los artificios de las civilizaciones decadentes. Está de moda el color azul, y las camaradas presentes pueden apuntar los números de los modelos que les interesen.

VEINTE AÑOS DE RETRASO

Normalmente, las grandes casas de modas occidentales presentan sus colecciones en un medio de refinada elegancia, entre mujeres distinguidas, que van marcando a su vez la moda entre las clases menos adineradas o simplemente entre las personas menos preocupadas por el arte del vestido. Quiere esto decir que las clientas de un modisto son mucho más distinguidas que las mujeres que se ven normalmente en la calle. Esta es una observación casi matemática, de donde se desprende que las "elegantes" que observamos en las fotografías del presente reportaje son muchísimo más elegantes que la mujer rusa normal, como puede apreciarse per-



Traje de noche negro presentado por una maniquí extrañamente madura

DE MUJER A MUJER

CONTESTACION A LITA VANES

Muy amable ha sido usted al enviarme el franqueo, querida, e inmensamente agradecida quedo a sus palabras. En cuanto a ese regalo prometido, si de veras quiere darme con él prueba de buena amistad, hágaselo en la forma que crea conveniente a una persona necesitada, con lo que le quedará doblemente reconocida.

CONTESTACION A ROSA MARI

¿Hacerle caso? ¡Burr...! De ninguna manera. No es un hombre, hijita; es el esqueleto de un espíritu descompuesto... Al contrario, un manotazo al corazón y a echar de allí a la imagen de quien no es digno siquiera de que le recuerde un instante.

CONTESTACION A MATILDE

Sabiendo ya lo que le ocurre cada invierno, y antes de que los fríos intensos lleguen, adopte estas dos precauciones. Todas las noches, antes de acostarse, aplíquese en los labios la siguiente fórmula: Miel rosada, 200 gramos; retama, 25; cera virgen, 15. Durante el día, cuando salga de paseo, etc., úntese los labios, ya maquillados con el carmin, con un poco de manteca de cacao. Muchas gracias por sus gentiles elogios.

"Distinguida doña Nuria María: Avidamente leo en el diario PUEBLO su página de los sábados dedicada a la mujer, y viendo que con rectísimo juicio da usted contestación a todos los casos, hoy me tomo el atrevimiento de exponerle el mío, el cual me parece que es de muy difícil solución.

Se trata de que siendo bastante agraciada físicamente, los chicos no se interesan por mí, y teniendo ahora veinticuatro años, aun no he tenido novio. Yo no sé porque será, pues a mis amigas las es fácil entablar amistad con chicos que las acompañan. Una incluso tiene un novio que lo conoció en la calle.



Modelo de tarde, en algodón blanco y azul, creación de Pedro Rodríguez. Diseño exclusivo para PUEBLO

Ahora me encuentro en un sanatorio, y como no soy de aquí, no tengo familia en Madrid, y me sería tan agradable su visita si tuviera novio, pero si sigo así creo que me voy a quedar soltera, cosa que no desearía.

Esperando de su amabilidad poder ser atendida, le da las más expresivas gracias y queda de usted afectuosa amiga y servidora

DESVENTURADA

CONTESTACION

Quisiera convencerla, hijita, de que no es para consolarla lo que voy a decirle, sino porque lo creo sinceramente a través de la larga experiencia que ya de la vida tengo. He comprobado que no son siempre las más afortunadas en la cuestión matrimonio las jovencitas que desde que politean tienen los pretendientes a granel. Tampoco lo son aquellas que más atractivo físico parecen tener, hasta el punto de llamar la atención, cual a lo Marilyn Monroe, de todos los transeúntes. Ni las más gra-

ciasas en la conversación. El destino de las mujeres con respecto al amor es bastante inespecífico como si dijéramos. Es difícil de prever cuando y de qué manera se realizará, y mujeres grises en apariencia, a las que nunca nadie dijo nada, realizan bodas fantásticas en todos los sentidos. Otras que en su radiante juventud no despertaron entusiásticas admiraciones, y no porque no las merecieran, se aproximan a los treinta y consiguen entonces apasionar un hombre superior que las valora en todo lo que valen, sobre todo, por la nitidez de un espíritu virgen todavía de ilusiones.

En realidad, frente al matrimonio tiene más posibilidades la mujer que se aproxima a esa no menos bella en muchos aspectos, segunda juventud, de los años que bordean los treinta. El hombre que se fija en ellas analizará más inteligentemente sus cualidades, con más justicia su valor femenino. En la ausencia los pretendientes se multiplican, y aun que sean ya hombres maduros, se dejan atraer más por lo físico, ignorando un poco lo importante, aquello de que nos podemos enorgullecer, porque es nuestra propia obra, el carácter, el modo de ser, el alma.

Por favor, tache de su corazón el seudónimo con que se ha firmado. "Desventurada". ¿Qué error! Pero si tiene toda la vida por delante.

No tiene al Señor impacientándose, que El a su hora la enviará el amor... Las precipitaciones conducen al fracaso, como al fracaso se llega queriendo correr demasiado. Procure para su espíritu la paz, la conformidad en la voluntad Divina y tenga fe en su destino. El amor sonríe al que le sonríe confiado y lo espera pacientemente, como a un amigo, y sobre todo, al que tiene para con su propio futuro un simpático gesto de bienvenida, seguro de que será su más fiel aliado.

Y ahora a curarse, querida, que al corazón Dios le proveerá.

(Dirigid vuestras consultas a Nuria María. Apartado 12.141, Madrid)

Todo cuanto precise

PODRA ADQUIRIRLO POR MEDIO DE

pequeños piazos mensuales

EN

COMERCIAL ARIFS

ZORRILLA, 25, PISO PRIMERO
Teléfono 221885



LA MARCA DE KANE

Charles Franklin



—Si, un periodista. Se enganchó a nosotros. No puede uno librarse de ellos. Ya sabes cómo son. —Patricia exhaló un nuevo suspiro—. Como si no tuvieran en el país más cosas de qué ocuparse que éstas.—A continuación se dirigió a Fenton.—¿Adónde vamos?

—No preguntes, rubia—contestó el hombre—. Ya lo sabrás cuando llegue el momento.

—Yo no llevo más traje que estos viejos pantalones—repuso Patricia en tono de lamentación—. Y no están muy limpios. Estoy muy sucia. No me han dejado ni lavarme.

—Cuando una hace locuras debe esperar siempre que ocurran cosas como ésta—murmuró Cora.

—¿Y tú te metiste en esto?

Cora se encogió de hombros.

—Pregúntaselo a ellos. Como Robin estaba enamorado de mí, creen que yo sé algo que ellos no quieren que sepa. ¡Ni que yo fuera tan loca para meter la nariz en los asuntos de Kane!

Patricia se echó a reír.

—Quizá piensen que estás mal de la cabeza, querida. Dicen que las mujeres se vuelven locas si se entregan demasiado al amor.

—Cállate, Pat.

Cora se sentía más tranquila ahora que estaba con Patricia, la cual poseía la rara virtud de hacer que las situaciones parecieran menos graves de lo que eran en realidad. Sin embargo, Cora se sentía nerviosa y asustada cuando pensaba precisamente en Patricia. Esta parecía hallarse en el limbo y no darse cuenta de lo que sucedía. En realidad, se preocupaba más de su suciedad y de que llevaba unos viejos pantalones, que de todo lo demás. Pero existía en Patricia una gallardía que resultaba en cierto modo tranquilizadora.

Cora había intentado en el pasado dominar a Patricia, llegando a creer que la errabunda hija del par la admiraba a ella como a una atrayente figura que vivía una vida peligrosa, aderezada con innumerables amores tenidos con hombres hacia los que no sentía el menor interés.

Sentada en el Buick, que avanzaba a la pálida luz del amanecer por los alrededores de Surrey, Cora se fue dando cuenta lentamente de que la actitud de Patricia significaba un cierto grado de confianza. Su intuición le decía que, a despecho de la desigual carcajada y de la manera nerviosa con que arrojaba la ceniza del cigarrillo por la medio abierta ventanilla, Patricia no sentía el menor miedo.

II

Montones de pesadas nubes que se movían lentamente transformaron el brillante amanecer en una gris y sombría mañana, tendiendo de vez en cuando algunas cortinas de lluvia que se extendían a lo largo de las montañas. Carros, ciclistas y coches se hundían en los charcos del camino. Dobson, el marinero, daba largos rodeos para evitar el paso por los lugares habitados, y en una ocasión Patricia creyó reconocer los alrededores de Guildford.

—Estoy segura de que ésta es la carretera de Portsmouth—susurró al oído de Cora.

Pero Cora se había quedado dormida con la cabeza apoyada en los cojines y sus elegantes y bellas piernas estiradas. Patricia continuó manteniéndose despierta con ayuda del paquete de pitillos. Fenton parecía soñoliento. Dobson, con una pipa vacía entre los dientes, hacía pasar rápidamente el coche a través de las aldeas azoladas por la lluvia. Patricia miró sus anchos hombros y siguió fumando en silencio.

Finalmente, abandonaron la carretera principal y ascendieron por algunas colinas. Los árboles bor-

deaban la estrecha-carretera dejando caer gotas de lluvia sobre el techo del Buick. El camino serpenteaba una y otra vez, siempre en rampa ascendente, hasta que de pronto entraron en un jardín, y por entre los árboles pudieron ver una casa de regulares proporciones estilo siglo XVIII.

Las dos muchachas fueron separadas en el vestíbulo. Patricia se encontró ante una mujer de estrechos y secos labios y de unos cincuenta años, la cual debía de haber sido dueña de una casa de huéspedes, y que la escoltó escaleras arriba. Fenton cogió a Cora firmemente por el brazo y abrió una puerta situada en el fondo del vestíbulo, rodeado por un zócalo de madera de roble. Empujó a la muchacha para que pasara y cerró la puerta.

era fría como el hielo y en ellos brillaba una expresión irritada. Mientras miraba a Cora, él hizo un elocuente ademán.

—¿No te sientes complacida o, por lo menos, sorprendida?

Cora se quitó su amplio abrigo color avellana y lo arrojó sobre una silla. Debajo llevaba un vestido verde de corte perfecto, y el hombre la miró.

—Esperaba encontrarte aquí—repuso al fin ella. El hombre frunció el entrecejo.

—¿Cómo lo sabías? ¿Cómo es posible que lo supieras?

Cora se encogió de hombros. Se sentía muy cansada.

—Supongo que ha sido mi intuición, aunque la

cacísimo en el trabajo, aunque incluso él no sabe bien quién soy yo.

—¿Y qué diablos deseas de mí, ya que me has mandado a buscar?

—¿Que qué quiero de ti? ¿Recuerdas los versos de Ernest Dowson? Dicen así:

Y de súbito la antigua llama se alzó y despertó [mi dormido deseo.

—Mira, Pierre. Nosotros hemos terminado. Estamos separados hace mucho tiempo. Tú no me harás creer que me trajiste aquí arrancándome de mi casa a medianoche, para decirme que tu amor está despertándose. Yo te pude querer una vez. Pero ahora me dejas completamente fría. Me hubiera divorciado de ti hace mucho tiempo a no ser porque no quería llamar la atención sobre mí. Pero no me tengo por casada. Incluso uso mi apellido de soltera. Y así es como quiero seguir.

Pierre se volvió hacia Cora con una expresión de tristeza y disgusto en su rostro.

—¿Así que rechazas a tu marido! Déjame decirte, "ma chérie", que las mujeres no acostumbran a rechazar a Pierre Lysette. Lo encuentro un poco doloroso para mí.

Cora suspiró.

—No tienes necesidad de representar una comedia delante de mí, Pierre. Ya te he dicho que hemos terminado, y lo que ahora quisiera saber es lo siguiente: ¿qué quieres de mí?

—¿Que qué quiero de ti?—repitió Pierre como un eco—. ¡Por amor de Dios! Me estás dando una preciosa muestra de que eres tú la que estás representando una comedia.—Su actitud cambió. La sonrisa había desaparecido de su rostro y el encanto de su voz—. ¿Así que no sabías que yo estaba detrás de la organización de Kane hasta que un detective te lo sugirió? Entonces... ¿por qué fuiste a espiar al número 18 de Wallace Gardens? ¿Y quién puede haber hablado a ese individuo llamado Garfield si no tú?

—No le dije nada porque no sabía nada.

—Excepto que allí había el cadáver de una mujer a quien tú empujaste para que cayera por el hueco de la escalera.

—Eso no es cierto. Ella resbaló y cayó.

—Quizá la empujase Robin.

—Robin no la empujó.

—¿Qué vergüenza! Robin dejándote a ti sola para que te enfrentes con la orquesta.

Los oscuros ojos de Cora despidieron destellos de cólera.

—Cuanto menos hables de Robin mejor, Pierre.

—¡Vamos, vamos! Nadie siente más que yo lo que le ocurrió.

—¿Que lo sientes! Si hubieras disparado contra él con tus propias manos no serías más responsable de su muerte que ahora.

—No te pongas melodramática, Cora—repuso Pierre echándose a reír—. En la época de los "maquis" acostumbrábamos a matar a los traidores en la cama, aunque estuvieran acostados. Considerate afortunada de que no te ocurriera a ti lo mismo.

—¿Robin no era un traidor!

Pierre alzó una mano como protestando.

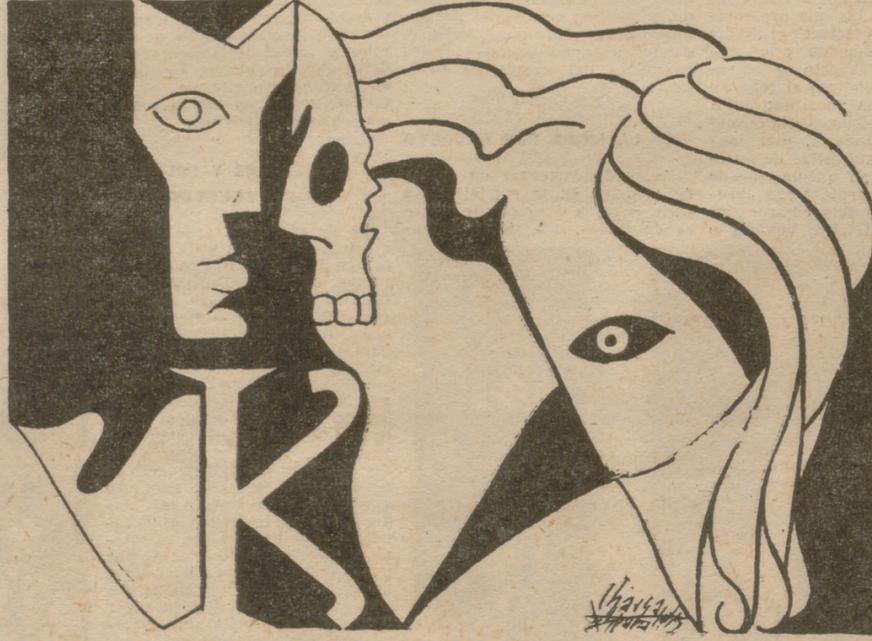
—No discutamos eso. Ahora ya no tiene la menor importancia. ¿Qué representa para ti un hombre más o menos?

—Sólo a ti se te podía ocurrir decir una cosa semejante—replicó Cora con amargura.

Pierre hizo un gracioso gesto.

(Continuará.)

(Publicada con autorización de la Colección "El Buho".)



Era una biblioteca amueblada en un estilo anticuado, con sillas de brazos y escaños. En dos de las paredes había estanterías con libros que se alzaban desde el suelo hasta el techo y cerca de la ventana se veía un piano de cola. Un sabueso de raza, echado cerca de la chimenea, levantó la cabeza y olfateó el aire cuando entró la joven.

De pie cerca del escritorio se encontraba un hombre alto y apuesto de unos treinta y cinco años que vestía una bata color escarlata.

El hombre atravesó la habitación para salir al encuentro de la joven con los brazos medio levantados y extendidos hacia ella y una sonrisa de bienvenida en su bello rostro. Todos sus movimientos eran elegantes y sus ademanes poseían un cautivador encanto.

—¡Ah! "ma chérie". Cuando me han dicho que venías aquí apenas he podido dominar mi impaciencia. Me he levantado tan temprano para saludarte.

Poseía un ligero acento francés y la manera que tenía de hablar a las mujeres le hacía aparecer francamente irresistible. Pero a Cora le era muy fácil resistirle. La mirada de los ojos de la joven

idea me fué inspirada anoche por un hombre de Scotland Yard.

—¿Cómo!

—Fué un individuo que me preguntó: "¿Ha visto usted a su marido últimamente?" Ignoro qué es lo que piensa, pero esta pregunta hizo nacer en mí mente la idea de que tú estabas detrás de todo este asunto, y la idea continuó abriéndose camino. Al entrar en esta habitación hubiera tenido una gran sorpresa si hubiese encontrado a otra persona.—Cora hizo una pausa—. Así que tú eres Kane, ¿eh, Pierre?

—No existe el tal Kane.

—Pues es una personalidad en Paddington y en Notting Hill, tanto si se llama Kane como Pierre Lysette—repuso Cora—. Pero me parece que sólo ese horrible individuo llamado Jennings, que hace todo el trabajo por ti, sabe quién es Kane en realidad.

Pierre sonrió e hizo un movimiento con sus bellas manos.

—Jennings, sí, un hombre muy útil con una vida privada escandalosa. Pero al mismo tiempo efi-

JOAQUÍN VAQUERO TURCIOS, EN EL ATENEO.—La confirmación suele ser palabra en Arte más difícil que la revelación. Continuar, insistir, y mantener en el arte signo y ventura, evitando repetir es el estado más difícil para un artista, y así, aquel que lo consigue alcanza rango y signo de permanencia. Este es el caso de Joaquín Vaquero Turcios, hijo del pintor del mismo apellido, que nos sorprende con la grata nueva de su premio italiano en liza con representantes de muy diversas naciones, y que ahora, en la sala del Ateneo, ha hecho presentación de obra íntima—bocetos, proyectos, dibujos—, tan propicia para la especulación y conocimiento del pintor.

No hace mucho tiempo nos ocupábamos en estas mismas líneas de Pintura religiosa, tan interesante para medir y señalar la potencia creadora de un artista, tanto en el pensamiento como en la expresión, y en esta alta modalidad del Arte es donde Joaquín Vaquero Turcios alcanza máximo grado. Una colección de episodios evangélicos son excelente lección de una concepción plástica en donde los valores esenciales y tradicionales—en la Buena tradición—tienen ocasión

Noticia y crítica de ARTE

de manifestarse. Luego, para avalar y significar la obra viene la originalidad de disposición, y todos los adjetivos para ratificar la seguridad de un trazo y la aprehensión en la línea de una vida que sólo necesita el color para manifestarse con fuerza e ímpetu personales.

Dos características se aprecian en la producción expuesta por Joaquín Vaquero Turcios en esta exposición íntima, pequeña y grande, que, a pesar de ser conocidas de antemano, se reflejan de manera indudable en su última obra: su estancia en Italia y su profesión arquitectónica. Las dos se complementan perfectamente para dar a la formalización un fondo sentido constructivo donde nada queda relegado u olvidado. No hay engaño, ni trampa ni cartón en las realizaciones de este artista que ha ejecutado su pensamiento dentro de un orden, casi de una coordinada rigida, donde no existe la gracia fácil, sino la arquitectura plástica difícil que no admite evasiones. Y esta demostración de conocimiento y de potencialidad se estima más en la comparación de la obra religiosa con una bella colección de paisajes y de composiciones que demandan su terminación colorista para que puedan lucir la buena entraña de su captación.

Joaquín Vaquero Turcios queda en la deuda de una exposición completa. Se halla ya incorporado a nuestra mejor historia de la Pintura Joven y en ella tiene que cumplir un papel difícil, ya que a su ambición y buenas técnicas tiene que seguir incorporando ese aliento personal que le define y que ha de cuidar de mantener y superar como hasta ahora, en una carrera feliz viene realizando.

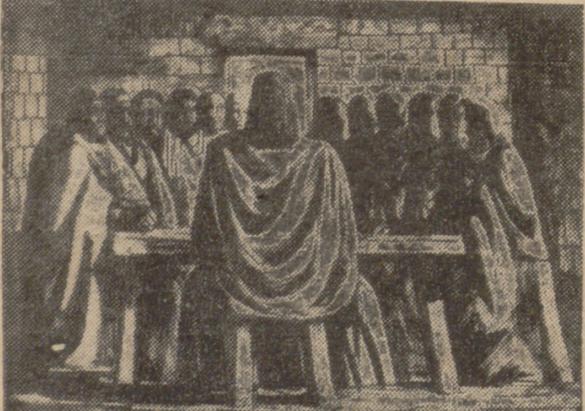
de fidelidad al tiempo; pero estas imágenes como la que ha realizado Amaya son imprescindibles en nuestra tradición religiosa, y lo son más cuando están ejecutadas con ese amor, ese buen amor, que tiene obligación el imaginero de poner en la obra, donde en cada detalle se debe adivinar el pulso temeroso del artista, su latido artístico y también su latido espiritual, como así lo ha demostrado sentir este Gabino Amaya, imaginero de la mejor tradición, al cual hasta su tipo y su "aire" le hacen parecer un artista de otros tiempos; y de aquellos tiempos en los que en la memoria casi lo paralelo de las actitudes, sin que esto quiera decir que exista una inspiración directa; pero sí una semejanza en el tratado anatómico y en la divina expresión del rostro.

Creemos—e insistimos en ello en toda ocasión—que nuestro Arte religioso está necesitado de obras que en uno o en otro aspecto del Arte tengan una débil categoría. Por fortuna, a lo religioso se ha incorporado en la actualidad una pléyade de jóvenes que han de dar en lo decorativo más que en la imagen un sentido nuevo, y dentro de un orden necesario de renovación y

nuestras ciudades había talleres en los cuales los hombres que habían de manejar la gubia o el escople aprendían duramente el oficio, paso a paso, en la buena andadura del Arte, y que un mal día interrumpió el academicismo borbónico del cual puede ser ejemplo—mal ejemplo—Ranc, que era el prólogo de Mengs. La trayectoria que tanto nos puede agradar cuando se realiza con fe, con sabiduría y con rango estético nos la brinda este escultor—tan mal clasificado en relación a sus méritos ciertos—que ha ido "a la Buena de Dios" con temblor de mano y de corazón a una representación religiosa trascendental que en el ir y venir del bien su latido espiritual, como Arte ha quedado como un buen hito de nuestra imaginaria. Y nos complace señalar este buen triunfo, ganado en el silencio y expuesto en la intimidad, como corresponde a quien dentro de un concepto sentido íntimamente expresa su verdad artística, que en el caso de Amaya es sincera y auténtica y que tiene su mejor demostración en ese "Cristo yacente" que, en bronce, todavía traduce la emoción y el aliento de quien supo concebirlo y ejecutarlo.

ROA, EN LA SALA MACARRON.—De este pintor no conocíamos obra ninguna. Los programas nos dicen que viene del Perú, donde ha triunfado. No nos extraña, porque Roa tiene recursos plásticos para no defraudar. Sabe lo que siendo amable tiene correspondencia en el público, y sabe que hay que dejar en alguna obra suelta la impronta de una personalidad, y también su anhelo por "pintar" y satisfacerse a sí mismo. Su exposición es un muestrario que puede agradar a casi todos, pues el autor sabe bien el oficio e incluso cambiar de sensibilidad cuando le conviene. Y ése es el resumen de una rápida visita que tiene, o podría tener, otros epílogos, pero que preferimos dejar en una impresión, y con el deseo de que Roa, alejado del éxito inmediato, se decida a pintar sólo aquello que constituya para él una necesidad.

M. SANCHEZ-CAMARGO



Vaquero Turcios: "La última cena".

"CRISTO YACENTE", DE GABINO AMAYA.—En la sala "Los Madrazo" ha quedado expuesto un Cristo yacente original del escultor extremeño Gabino Amaya. Hasta aquí la noticia, que puede ser ampliada afirmando que esta obra de Amaya tiene en su representación un valor excepcional, pues dentro de unas características bien definidas en la imaginaria posee con abundancia elementos escultóricos incorporados a la figuración. Bien es sabido que para nosotros el imaginero y el escultor son conceptos casi opuestos, y así ante esta realización de Amaya nuestro juicio tiene que situarse en otro espacio y en otro lugar para que la definición tenga una solución acorde con el propósito del artista. Este "Cristo yacente" de Amaya lleva—aun sabiendo lo fácil de la comparación—al mejor recuerdo de las mismas obras de Gregorio Hernández teniendo en

El inventor del "Pais de las Maravillas" fué el Inglés Charles Lutwidge Dodgson, que escribió bajo el pseudónimo de Lewis Carroll sus cuentos fantásticos para niños. La historia de "Alicia en el País de las Maravillas" nació en 1865 y conquistó súbitamente el corazón de todos los niños. La Reina Victoria le recibió en Buckingham y le dijo: "Señor Dodgson, ¿me enviará usted un ejemplar de su próximo libro...?" La sorpresa de la soberana no fué pequeña cuando Dodgson le remitió un ejemplar de un tratado de matemáticas. Ha de advertirse que Dodgson era un apasionado de las ciencias exactas.

Downing Street, 10, residencia del primer ministro británico, es una casa con doscientos años de edad. Se cuenta que lord North, después de haber sido "premier", tenía de tal modo el hábito de vivir en el 10 de Downing Street que iba todas las tardes allí y se adormilaba en un butacón próximo a un chimenea. Como el sucesor de lord North encontrase algo incómodas tales visitas, decidió suprimir el butacón. Aquella misma tarde, lord North fué hallado, plácidamente dormido, en el propio lecho de su sucesor.

MUNDO Ligero



PLEGARIA Y AMOR

"No hay sábado sin sol, ni doncella sin amor". Esto, por lo menos, reza un refrán. Pero ocurre que muchos sábados del año amanecen nublados y nublados continúan; y doncellas que van almacenando ternura en su corazón y esta ternura termina siendo una mercancía sin destino. En los sábados nublados es imposible hacer brillar el sol; para que la ternura que rebosan sus corazones no se quede inédita, las mujeres tienen un taumaturgico valedor que, una vez al año, las concede poéticas audiencias en las que le piden amor. Y San Antonio sonríe beatífico y envuelto en los efluvios de las churrerías y arrullado por la música de los organillos y los típovivos surge el amor que rubrica su fidelidad con unos compases de chotis. Claro que la belleza de estas mujeres tiene más fuerza que el sol y, por lo tanto, les es a ellas más fácil conmovir un corazón masculino, que al astro rasgar una nube.



MOCITAS CASADERAS

Si como les decimos a ustedes, San Antonio, aparte de otras excelsas virtudes, tiene la de la complacencia y no niega su ayuda a la mocita que, fervorosamente y con ilusión le pide un amor, estas devotas y bellas madrileñas son un poco desconfiadillas y creen que alzando hasta el Santo sus plegarias en colectividad van a tener una más rápida acogida. Por eso se dirigen hacia la ermita de tres en fondo, formando este grupo lleno de belleza y de gracia, que es la mejor ofrenda que le pueden hacer al Santo y ante el cual, querido lector, no creemos que haya quien vacile en ofrecerles el brazo para llevarlas a la Vicaría. Así será feliz el mortal que consiga emparejarse con una de estas mocitas, ellas por haber conseguido su ilusión y el Santo por haberse ahorrado la búsqueda del cónyuge que van a pedirle anhelantes. No nos tachen de irreverentes, si les decimos que con mujeres como éstas, para San Antonio su labor es coser y cantar.



Esta es la primera verbena. La primera vez que los pañuelos y los mantones se dan cita en la Pradera, en torno a la ermita de un santo que promete felicidad a todos los corazones. San Antonio es santo sencillo y casamentero; santo familiar que se preocupa por la suerte de las mocitas y por la habanera que bailan sobre la pista de sus veinte años, sus corazones. Desde su ermita—una ermita graciosa y sencilla, posada como un ave o como una flor que cayó—el santo va contando los alfileres, e incluso se los prende en el hábito para no olvidarse de tantas peticiones sentimentales que las madrileñas le hacen.

Se desciende hasta la ermita por una cuesta abajo. El viento del río da de cara y hay un rumor de agua pequeña que acaricia los juncos de las orillas. Cuando la ermita está sola, a su puerta, sesteo el vendedor de los botijos y la mujer que ofrece, engarzadas, las aleluyas del santo. Cuando la noche se enciende, y los farolillos traen, de puntillas, el chotis, hasta el ladrillo castizo que espera; cuando las churrerías dan incienso a las nubes paradas sobre Madrid, todo se anima y una alfarería multicolor ofrece agua de la fuente del Berro, y las aleluyas se cantan como pregonos de feria. Todo es grito, canción, rueda que gira y espera a la puerta de la ermita con rezos y rubores, después, San Antonio, inclina su cabeza ton-surada para contemplar todo esto. Lejos, se apaga el estruendo de su verbena; la primera verbena que Dios envía, como una gracia, a la gracia de Madrid.

Los madrileños se ponen el bombín para bajar a la verbena, y las madrileñas envuelven en el mantón, el mantón de la China, que no se sabe por qué misterio geográfico es bordado en Bordadores, o, todo lo más, en la Cava Baja.

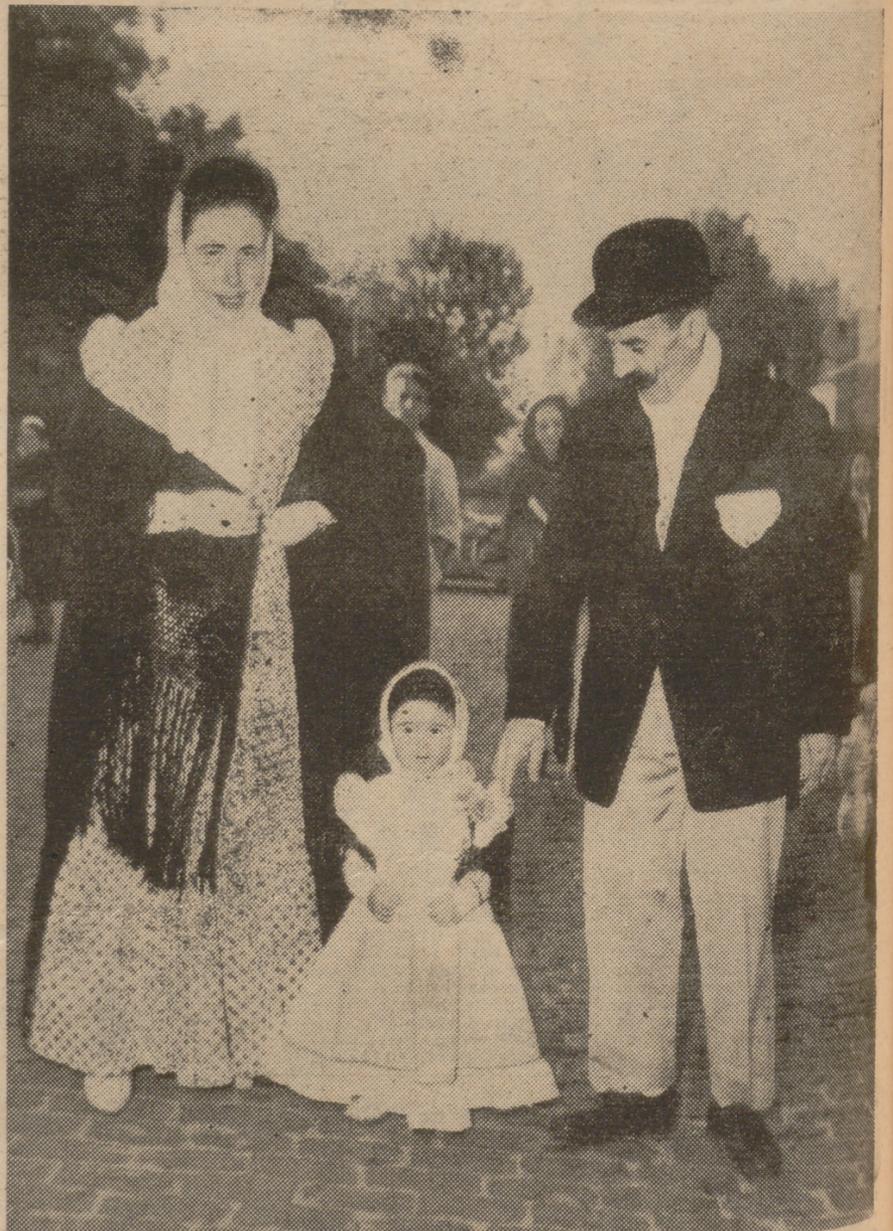
En realidad, los madrileños hemos olvidado un poco nuestra castiza cobertura, pero las madrileñas no, ellas siguen fieles al mantón y a sus rosas, al revuelo de sus flecos que se nos enreda y nos sujeta. Cuando regalamos un mantón de la China, ná, a cualquiera de las madrileñas, hemos hipotecado para siempre, y, gustosamente, nuestra libertad.

Después, este mantón pasa de madres a hijas. Su blanco amarillea un poco como los buenos marfiles, toma color de luna de miel. Las madres ven marchar a sus hijas envueltas en su mantón, y le piden al santo, muy de veras, que siga protegiendo la felicidad de la familia.

Por eso nuestro saludo a San Antonio tiene un tono íntimo y agradecido, un poco nostálgico también. La primera verbena que Dios envía, es para muchos de nosotros, la veinte o la treinta de nuestra vida; pero, no obstante, lanzamos el saludo con la intacta voz de la primavera, porque el tiempo no pasa, ni para el santo, ni para la ermita, ni para el río, porque el tiempo recibe también ese bendito regalo de San Antonio que conserva para siempre la juventud.

(Dibujo de Serny.)

M. P. A.



EL REGALO DE SAN ANTONIO

Con esta falda de percal "planchao", con esta mantón de flecos y este garbo y esta gracia, fué esta mujer a contarle sus culitas al Santo. San Antonio debía de estar ese día muy agobiado de peticiones y recurrió a los saldos que le quedaban en aquel entonces por la tierra. A la mocita de entonces le tocaron en suerte unos bigotes y un bombín, adosados a ese señor bajito. Seguramente que por eso y para que San Antonio no tenga que hacer las cosas con prisa va ahora la niña a la ermita a ver si tiene una suerte distinta de la de su mamá.